

su intencion, el remedio de las necesidades de la Iglesia: todos, en todas partes y en el tiempo señalado, para hacer á la bondad divina la santa violencia que le es tan agradable, y sacar de los tesoros de la misericordia el remedio deseado. Bien despachadas nuestras oraciones, las bendiciones celestiales vendrán sobre los trabajos de los pastores y de los ministros de Dios, y los males que la ignorancia hace pesar sobre nosotros, se convertirán contra nuestros enemigos dispersados por la fuerza de la verdad que combaten: *Averte mala inimicis meis, et in veritate tua disperde illos.* [Psal. 53. v. 5.]

Es necesario para esto que nuestras oraciones sean bien despachadas, y de parte de Dios no hay dificultad en que lo sean: la dificultad está de parte de nosotros. Hemos pecado, hemos obrado inicuamente: y las iniquidades que hemos cometido nos han alejado de Dios á tal distancia, que la oracion mas fervorosa apenas podrá salvarla para llegar hasta El, raras veces, y en manos de su misericordia infinita. Por lo cual el ciego de nacimiento dijo con la mas grande seguridad: Nosotros sabemos que Dios no oye á los pecadores; *Scimus quia peccatores Deus non audit.*

Seguramente no oye Dios las oraciones execrables, y el Espíritu Santo enseña que son execrables las oraciones de los pecadores que quieren vivir pecando: *Qui declinat aures suas ne audiat legem oratio ejus fiet execrabilis.* (Prov. cap. 28 v. 9.) El Profeta Isaías dice: Mirad que no se ha encogido la mano del Señor para que no pueda salvar, ni se le han cerrado los oídos para no poder oír, sino que vuestras iniquidades han puesto un muro de separacion entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados le han hecho apartar su rostro de vosotros para no escucharos: "Ecce non est abbreviata manus Domini ut salvare nequeat; neque aggravata est auris ejus ut non exaudiat. (Isai. cap. 59. v. 1 y 2.) Sed iniquitates vestrae diviserunt inter vos et Deum vestrum; et peccata vestra absconderunt faciem ejus a vobis ne exaudiret." Por estos testimonios y por otros muchos que se registran en las Sagradas Letras, vemos que las oraciones de los pecadores que no se convierten, difícilmente y raras veces serán oídas: y si no queremos afirmar como el ciego, que Dios no oye á los pecadores, porque ignoramos las riquezas de la divina misericordia, no contamos ni podemos contar con sus oraciones porque Dios no ha prometido oírlas.

Contamos sí, y debemos contar con las oraciones de los justos á los cuales Dios ha prometido oír, porque los ama hasta el punto de seguirlos siempre con sus ojos para complacerse en sus buenas obras, y con sus oídos para escucharlos y librarlos: "Oculi Domini super justos et aures ejus in preces eorum:" en tanto que persigue á los pecadores no solo con sus ojos que lo ven todo, y con sus oídos que lo oyen todo, sino con todo su semblante, es decir, con

todo el odio que su santidad infinita tiene á todo lo que es malo, "vultus autem Domini super facientes mala."

Si os hallais manchados, mis amados hermanos, con un solo pecado mortal, debeis entender que Dios os persigue con la indignacion de sus ojos y de todo su semblante, que no podeis contar con que oiga vuestras oraciones, que necesita un esfuerzo de su misericordia para escucharos, que nada ó bien poco podeis aprovechar á la Iglesia de Dios con vuestros ruegos, y que permaneciendo así correis riesgo á cada instante de que por una muerte desgraciada quede borrada hasta vuestra memoria, así de esta tierra que amais contra la ley y voluntad de Dios, como de aquella tierra bienaventurada de los vivientes, que viven con la vida de la inmortalidad: "ut perdat de terra memoriam eorum." [Salm. 33 v. 17.]

Si examinando nuestra vida hallamos nuestras obras conformes á la ley divina, si examinando la ley divina la hallamos que se aviene con nuestras obras, el remordimiento no entrará en nuestro corazon, ni la confusion cubrirá nuestro semblante y podremos esclamar con el Profeta: no seré confundido cuando escudriñe todos y cada uno de tus mandamientos: "Tunc non confundar cum perspexero in omnibus mandatis tuis." Nuestra confianza será grande como nuestra limpieza, y pediremos con humildad sí, porque sabemos nuestra bajeza, pero con seguridad de alcanzar lo que pidamos porque tambien sabemos la bondad de Dios y sus promesas. Todo depende de que la conciencia no nos reprenda con algún pecado, que no esté aborrecido con la voluntad y borrado con la penitencia. Si la conciencia no nos reprende, dice el Apóstol amado, tenemos confianza en Dios de alcanzar cuanto le pidiéremos: "Si cor nostrum non reprehenderit nos, fidutiam habemus ad Deum; et quidquid petierimus ab eo accipiemus." [Joan epist. 3. 22.]

Quitado el pecado, no habremos acabado aun nuestra peticion cuando Dios la habrá ya escuchado, y despues de habernos concedido el don de la justificacion, tendremos todavía las palabras en los labios y ya lo habremos obtenido todo: todavía lo estaba invocando y ya me habia oído el Dios que me habia justificado, dice el Profeta: "Cum invocarem exaudivit me Deus justitiæ meæ."

Y si la oracion de un solo justo, de un solo justificado que persevera en ella, vale tanto delante de Dios: "Multum enim valet deprecatio justis asidua," tanto que pueblos enteros y generaciones perversas se han librado del castigo que vibraba sobre su cabeza, ¿que pensais alcanzaremos de la bondad de Dios tan inclinado á perdonar, "Multus est Dominus ad ignoscendum," tan inclinado á conceder aun mas de lo que se le pide, cuando las oraciones de tantos justos vayan alzándose sobre la ciudad santa, impregnadas

del suavísimo perfume del dulce nombre de Jesús derramado sobre ellas: "Oleum effusum nomen tuum?"

¿El que siempre ha oído á un solo justo pidiéndole lo que no siempre él quería conceder, no los oirá á todos pidiéndole lo que mas desea conceder, que es el bien de su Iglesia? ¿El que nos ha concedido tantos beneficios que no le hemos pedido, no nos concederá ahora lo que le pidamos, siguiendo la voz del sumo Sacerdote que sabe mas que ninguno, cuando nuestra oracion ha de ser mas necesaria y fructuosa?

¡Oh que bueno y que provechoso es que los pecadores consideren ahora sus torcidos caminos, y convirtiendo sus pasos á Dios por el arrepentimiento de sus pecados vengan á engrosar los escuadrones de los justos que levantan al cielo sus poderosas oraciones! ¡Que deplorable es la suerte de los que, por seguir adelante en las quebradas sendas de la perdición, cierran sus oídos al amoroso silbo del Pastor universal, y no advierten ni los peligros de la obstinación ni las ventajas de la enmienda! ¡Triste condición la de seguir como jumentos el camino del infierno, cuando pueden los pecadores por el arrepentimiento y la oración, enrolarse en los batallones de los Santos!

La Iglesia de Dios tiene en su seno á los pecadores, pero dentro de su alma tiene solo á los justos. Suena la hora del combate, y solo á los justos confía el secreto de sus temores y esperanzas, solo á los justos comunica el plan de ataque y de defensa, solo á los justos coloca en orden de batalla, porque solo los justos saben manejar las armas de la oración, única fuerza que los hombres pueden emplear en frente de la justicia de Dios.

No se olvida sin embargo de los pecadores que conserva en su seno, muertos delante de Dios por el pecado, que tienen ojos y no ven la radiante carrera de los justos, tienen oídos y no oyen el estruendo divino de sus oraciones. Con el firme acento de su compasiva caridad la Iglesia destapa los oídos de los pecadores, y les envía este llamamiento de misericordia para que levantándose del cieno de sus iniquidades, lavados con la penitencia y alimentados con el pan de los fuertes, puedan también ellos levantar á Dios el alma y pedirle mercedes, y tomar parte también ellos en el combate glorioso y universal de las oraciones eficaces de los santos.

Dios mismo ha llamado á su Iglesia hermosa como la luna por el secreto reflejo de su gracia, y terrible como los escuadrones formados en batalla por la invencible fuerza de sus oraciones. Los justos tienen esa gracia, los justos elevan esas oraciones: los pecadores son inútiles, no tienen gracia divina ni oración poderosa. No solamente son inútiles sino también nocivos y hasta contrarios, porque hallarse en pecado, y querer permanecer así, es empeñarse

en la enemistad de Dios; es tener ocultas inteligencias con las potestades de las tinieblas; es levantar los gritos destemplados de la carne y de la sangre, para que no se oigan los pacíficos clamores de la piedad y de la justicia. Cuanto mayor sea la multitud de los pecadores menos será el guarismo de los justos, y el número y la gravedad de los pecados es un contrapeso infernal que trabaja por menguar la virtud maravillosa de la oración.

¡Oh si los pecadores supieran no solo el bien que no hacen, sino también el daño que causan á la Iglesia de Dios, viviendo sumergidos en la iniquidad que no quieren dejar! ¡Oh si los pecadores entendieran qué malo es dejar á Dios á la espalda por seguir pecando, y que bueno es dejar de una vez todo lo malo para convertirse á Dios que es tan bueno! ¡Oh si el grito de misericordia que nos envía el Padre universal disipara las turbas de los pecadores para redoblar las filas de los santos! ¡Cuanto perdería con tantos pecados perdonados la balanza de la justicia, y cuanto ganaría con tantas penitencias y oraciones la balanza de la misericordia.

Es necesario por tanto no despreciar esta oportunidad, para justificarnos y entrar en el alma de la Santa Iglesia. Si á ello nos disponemos para lucrar esta indulgencia, quedaremos no solo limpios de la culpa, sino también libres de la pena debida por nuestros pecados; y constituidos ya en la gracia y amistad de Dios, nos haremos fuertes contra los enemigos de nuestra alma, y seremos muy útiles á nuestra comun Madre la Santa Iglesia en la lucha que tiene contra los herejes y cismáticos, y en la conversión ó arrepentimiento de los pecados de todos los malos cristianos.

Es pues indispensable practicar todas las obras que N. S. P. nos manda en sus Letras, para ganar la indulgencia plenaria del Jubileo *ad instar*, y son en resumen:

Primera: Visitar dos veces, durante el tiempo del Jubileo, cada una de las tres iglesias que se designen, ó tres cada una de dos iglesias, si solo hubiere este número, ó seis veces una Iglesia, si solo una hubiere en el lugar; orando allí por cierto espacio de tiempo según la intención del Sumo Pontífice, y pidiendo por la prosperidad, exaltación de la Iglesia católica, por la extirpación de las herejías, conversión de todos los que esten obstinados en el error, por la concordia de los príncipes cristianos y por la paz y unión de todo el pueblo fiel.

Segunda: Confesarse bien de todos sus pecados, y sobre lo cual encargamos mucho el cuidado á los confesores, á fin de que preparen á sus penitentes en el santo tribunal, instruyéndolos con caridad, en todo lo concerniente á la válida recepción del Sacramento de la Penitencia.

Tercera: Ayunar una vez dentro del plazo que se ha fijado, tomando solo los alimentos acostumbrados en las vigiliass; y cuidando que el dia que se elija para el ayuno, no sea de aquellos en que obliga este por precepto de la Iglesia; advirtiendo: 1º que el dia de ayuno podrán tomar huevos y lacticinios, y solo se abstendrán de comer carne los que puedan cumplir con esta condicion del ayuno: 2º que la persona que esté dispensada en general del ayuno, por enfermedad &c. no por esto queda de ésta condicion impuesta, para gozar de las gracias del Jubileo; pulsará si puede cumplir con el ayuno, ó bien pedirá al confesor la conmutacion en otra obra, que deberá ser siempre de mortificacion para conformarnos con el espíritu de Su Santidad.

Cuarta: Dar alguna limosna en favor de los pobres ó para alguna obra pia, segun la devocion de cada uno. Es por tanto la limosna una condicion esencial, y deberá hacerse por todos sin excepcion alguna, pues no habiendo taza en la cantidad, claro es que todos pueden practicarla.

Tales son las obras prescritas para disfrutar de las gracias especialísimas que nos concede Nuestro Santísimo Padre en nombre de la Iglesia.

Las iglesias que deberán visitarse en esta ciudad, son la Catedral, el Santuario del Señor de la Salud y el de Nuestra Señora de los Dolores; y fuera de la ciudad, los párrocos las designarán donde haya número suficiente para elegir; mas donde solo haya una sola Iglesia ésta se visitará seis veces.

No determina el Soberano Pontífice el tiempo que deberá emplearse en cada visita ó en la oracion que debe hacerse, ni se dice si ha de ser vocal ó mental; y estando á la opinion comun, bastará para llenar este requisito, rezar la Estacion mayor del Santísimo, que consta de seis padres nuestros y otras tantas Ave-Marías, cada uno con gloria Patri y terminar con el ofrecimiento comun ú ordinario.

A las personas que por enfermedad ú otro grave inconveniente no puedan salir de su casa, se les puede permitir, que en ella misma hagan sus visitas; y á fin de que estas se hagan ya en estado de gracia deberán comenarse despues de la confesion; permitiéndose por tanto á los fieles que no moran en las poblaciones, que puedan hacer todas sus visitas en un solo dia.

Deberá abrirse el Jubileo en cada Parroquia con una misa solemne y exposicion del Santísimo durante el dia, cantándose la Letanía de todos los Santos; y de la misma manera se cerrará el 31 de Agosto.

Será leida *inter missarum solemnias* esta nuestra carta pastoral en

todas las Parroquias, el Domingo inmediato á su recepcion y el siguiente.

Dada por Nos y refrendada por nuestro infrascrito Secretario, en Zamora á los seis dias del mes de Mayo de mil ochocientos setenta y nueve.

José María
Obispo de Zamora.

Cleófas Murguía
Secretario.

003726

